pero murieron de los mexicanos muchos; y de los señores y gente de cuenta veinte.

Al doceno año de su reinado salieron por tierra de chichimecas sus ejércitos y entraron por la Huaxteca y rindieron a los de Quatzalapan, y de los de esta provincia y cautivos que de otras partes prendieron fueron mil y trescientos y treinta y dos y quedaron muertos de los mexicanos noventa y cinco. Al treceno año salieron contra los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, y a los primeros los asolaron y a los segundos no pudieron, porque se les fueron por pies y se les encastillaron en un lugar llamado Quetzaltepec.

## CAPÍTULO LXXX. *De algunas cosas tocantes al reinado de Nezahualpilli, rey de Tetzcuco, y de su muerte que fue al quinceno año de el de Motecuhzuma, habiendo reinado más de cuarenta y cinco años*

L REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO, que en compañía del de Mexico y Tlacupan hacía sus guerras, envió sus gentes el año mismo que murió contra los de Quetzaltepec y Iztactlalocan y los vencieron y sujetaron al imperio y hicieron hechos muy hazañosos en esta guerra Ihuitemoc y Quauhtemoctzin, que fue el señor tlatelulcatl, que era rey cuando los españoles se apoderaron de esta ciudad de Mexico; y como estas cosas llegan a punto de cansar y no pueden ser eternas, Nezahualpilli, que se hallaba viejo (o al menos cansado de tantas guerras como había hecho), quiso darlas de mano; y no sólo a éstas, pero también a las cosas del gobierno; y llamando a los de más cuenta de los de su corte, les dijo cómo se hallaba cansado y enfermo y que no se hallaba apto ni ágil para las cosas del gobierno como convenía, y que por esto quería irse a sus jardines y recreaciones a dar un poco de vado a sus cuidados y que en su lugar y nombre gobernasen las cosas que en el reino se ofreciesen dos señores deudos muy cercanos suyos los cuales allí nombró. Hecho este nombramiento mandó que ninguno de sus hijos saliese de la ciudad sino que en ella se estuviesen aguardando cosas que él pudiese mandarles. Hecho esto se fue a un jardín de grande recreación que tenía, llamado Tetzcutzinco, y llevó consigo alguna gente de su servicio de los que más le agradaban. Llevó también a Xocotzin, su mujer, madre de Cohuanacotzin y Ixtlilxuchitl, que era la que más quería y llevó de su servicio otras tres o cuatro mujeres y no consintió que fuese otra ninguna con él a esta retirada que hacía.

De esta casa de recreación salía cada día el rey a caza y se entretuvo en esta vida tiempo y espacio de seis meses, comunicando también todas las noches con sus sabios y manera de astrólogos los movimientos de los cielos (como dejamos dicho haber hecho en otras ocasiones antes). Pasado este tiempo se volvió a Tetzcuco y mandó a la reina Xocotzin, su mujer,

que con sus hijos se recogiese a los palacios de Tecpilpan y esto hizo por dejarla, porque ya no trataba a otra; y pasados algunos días se recogió en su palacio muy secretamente, y tan a lo oculto, que aunque preguntaban por él no decían nada los porteros. Poco pasó que deseosos los hijos de ver a su padre y las mujeres a su marido y los vasallos a su rey, vinieron a palacio y haciendo instancia en saber del rey, respondieron algunos señores viejos que con él se habían quedado, que era muerto y mostraron una figura que representaba un cuerpo, el cual tenían puesto en su trono real; y aunque turbó a los presentes el caso, dijeron los viejos que de lo hecho no tenían culpa porque su señor el rey les había mandado callar y encubrir su muerte y añadieron diciendo que les había encargado que no se divulgase por grandes inconvenientes que había; y como le habían tenido por tan sabio creyeron que así convendría hacerse, como lo mandaba y por esto quemaron su cuerpo sin pompa, ni majestad, como debiera ser quemado un rey tan famoso como Nezahualpilli había sido; y dicen que se quemó aquella figura tan fácilmente como que hubiera sido fingida de trapos viejos o paja a la manera que en otro tiempo Michol fingió la del rey David,[1] su marido, para engañar con ella a los soldados de su padre que entraron a matarle, creyendo estar acostado en su cama. Y que quedaron muy pocas cenizas de él, las cuales echaron en una cajita de oro y la pusieron en el lugar de su sepulcro; y como vieron que tan presto se había quemado un cuerpo humano, no se persuadieron algunos a que era él, sino alguna cosa que lo fingía; y se confirmaron en la bárbara opinión que tuvieron de que su rey Nezahualpilli no había muerto sino que se había ido a reinar a los reinos septentrionales (que dejamos dicho arriba cuando él y Motecuhzuma estuvieron una tarde encerrados) y decían que éste era el tiempo que había dicho que había de ir a gobernarlos.

Esta fábula o historia me parece semejante a la que cuenta Plutarco de Rómulo, poniéndola en varias opiniones, diciendo algunos que él mismo se mató; porque como era hombre anciano y quebrantado con los grandes trabajos que había tolerado, tenía ya debilitadas las fuerzas y colgada su vida ya cuasi de un muy delgado y débil hilo. Otros piensan que él mismo se dio la muerte bebiendo ponzoña. Otros que lo mataron de noche en su palacio. Y concluye con otra opinión, de haberse desaparecido en unas grandes fiestas que se celebraban en Roma un día que sobrevino una grande tempestad y torbellino; el cual pasado nunca más pareció, habiéndose desaparecido del lugar y silla donde estaba sentado. Esto, o casi semejante cosa, fingieron los griegos de Aristeo, del cual dicen que murió en casa de un batanador de lana, trabajando en aquel oficio; y que algunos días después de su muerte aconteció que unos hombres de su oficio, que venían de cierta romería y se volvían a sus casas, vieron en el camino la imagen de Aristeo (como también la de Rómulo en Roma, Julio Próculo) que se les representó a los ojos en figura más viva y resplandeciente que antes era y comunicó con ellos cosas muy maravillosas. Pues del otro Cleomedes cuen-

[1] 1. Reg.

tan que era de fuerzas muy dobladas y que habiendo cometido cierto grave delito y, huyendo de la pena, fueron tras de él y que viéndose acosado y a un riesgo de ser preso se metió en un sepulcro que estaba en un campo, por donde iba huyendo, y que se echó una grande losa encima para que no le hallasen; pero los que le seguían llegaron a quitarla y trabajaron tanto que salieron con su intento, y entrando dentro no hallaron a Cleomedes ni vivo ni muerto. Maravillados de este caso (que a la verdad parecía mostruoso) enviaron sus embajadores a la isla de Delphos a saber de Apolo lo que denotaba aquella maravilla; y respondióles el oráculo estas palabras: sabed que Cleomedés Asclepiadeo es el postrero que merece ser contado en el número de los héroes. Almena, madre de Hércules, cuando llevaban su cuerpo a la sepultura para enterrarle se desapareció de la presencia de los que la llevaban a enterrar, sin que persona del mundo supiese juzgar lo que de él se había hecho; y cuando fueron a echar mano de él para meterle en el sepulcro, hallaron en su lugar una piedra grande puesta en las andas. Muchas cosas a estas semejantes fingen los hombres, con sobrado atrevimiento, por ensalzar y hacer mayores las obras humanas, de lo que sufre por ordinario curso su naturaleza; porque es tanta la ambición de algunos que no pudiendo con hechos de honesta virtud ser celebrados inventan nuevas ficciones, transformando las obras humanas en divinas por engañar con superstición dañosa a otros, y gozar ellos de una sombra de vanagloria fingida y excusada.

Decir que Nezahualpilli no murió sino que se desapareció de las gentes y que se fue al reino de sus antepasados es locura; si ya no es que toman estos indios este reino por el infierno (porque allá tenía todos los que le habían antecedido, por haber sido idólatras y hombres sin verdadero Dios; y si le conoció éste, como lo dicen de él, al menos no le adoró como a solo y verdadero y mezcló su adoración con la del demonio; y así fue vano su servicio; y por esto está en el infierno, con los demás que siguieron este errado camino) no se le puede negar mucha virtud moral que tuvo, como en sus hechos y vida hemos visto; pero no por esto le debemos hacer inmortal y invisible; porque aunque a la virtud se le debe mucho, no tanto que se le atribuya merecer ser dioses los hombres por ella; y así dice Plutarco, que negar ser cosa noble y excelente la virtud será no solamente impío y perverso sino también de corazón vil y abatido; pero fingir falsas imaginaciones y hacer que los hechos mortales de los hombres parezcan inmortales, mezclando las cosas divinas con las humanas, es oficio de hombres locos y desatinados. Por tanto, dejadas aparte estas invenciones y vanidades de hombres necios, me parece lo más seguro ir por el derecho camino y ordenado curso de la razón y decir lo que Píndaro, poeta, que todos los cuerpos de los hombres mortales son sujetos a la muerte poderosa; pero que de los notables hechos de virtud permanece para siempre eterna memoria; y sin que este poeta gentil lo dijera, tenemos la sentencia de San Pablo, que dice, que es ley establecida de Dios la muerte y que todos pasan por ella, de este estado presente de mortalidad al futuro que esperamos de inmortalidad y perpetuidad eterna; y siendo verdad que este rey

murió (como lo es) dejó a los suyos en opiniones falsas y bobas y aun a sus hijos en hartas disensiones, por no haber nombrado de ellos a ninguno por su sucesor y heredero, como luego veremos.

## CAPÍTULO LXXXI. *Donde se dice cómo los mexicanos pasaron a las provincias de Honduras y Nicaragua, y se hicieron señores de toda aquella tierra*

A EN ESTOS TIEMPOS, que eran los últimos de este imperio mexicano, cuando Motecuhzuma llegó a ser muy gran señor de la tierra y era tanta su fama que no se nombraba otra cosa en ella sino sólo su nombre, había entrado por las provincias de Guatemala y todas sus convecinas y se había apoderado de ellas; y pasando adelante sus ejércitos llegaron a Nicaragua, yendo poblando y conquistando todas aquellas tierras y provincias que eran riquísimas de oro y plumas verdes de mucha estimación, y de cacao y bálsamo, y otras resinas y licores que los naturales estimaban en mucho. Y como el miedo que por la fama que había de los mexicanos era mucho en todos, unos se les daban de paz con reconocimiento de algún tributo, y otros, que se querían mostrar valientes, se le entregaban después, rendidos y destrozados; y los que más animosos se mostraron fueron los de la provincia de Nicaragua; los cuales, como sintieron que iban tan poderosos ejércitos entrándoles las tierras, no quisieron aguardarlos en sus casas, sino que acompañados de otras gentes comarcanas y convecinas, salieron fuera a oponérseles para que no llegasen. Llegaron a vista de los mexicanos y con sus embajadores enviaron a decirles que no llegasen a su tierra y que si pasaban a alguna otra parte que buscasen otro paso, porque ellos no les habían de consentir entrar en ellas; y que en defensa de esto habían de morir. No curaron los mexicanos de estas razones y como gente hecha a vencer resistencias enviaron, con despecho, a los mensajeros y luego se pusieron en arma y los acometieron; y como muchos de ellos iban cansados y otros enfermos y los moradores de la tierra defendían sus casas y su libertad, fue tanta la fuerza que pusieron en esto, que a muy poco tiempo después de comenzada la batalla hicieron retirar a los mexicanos, dejando mucha de su gente en el campo muerta y a los que quedaron pusieron en muy grande aprieto.

Viendo los mexicanos la grande resistencia de los contrarios y cuan al revés les había sucedido de lo que pensaban, dieron en vencer con ardid y maña lo que con fuerzas y valor no podían. Y fue ésta la manera: fingieron que querían paz con ellos y pasar adelante a otras partes que nombraron, pues ellos no los querían tener por amigos ni por vecinos, y que porque habían perdido mucha gente en el camino y en los reencuentros que habían tenido con ellos y con otras gentes, iban faltos de gente, que por tanto les pedían que les diesen los hombres necesarios que les ayudasen